

La duda racional en la labor crítica de Luis Mitxelena Elissalt

JOSE MARIA SATRUSTEGUI*

El ciclo titulado *Creadores Vascos* que la Universidad del País Vasco programó con buen criterio en los XI *Cursos de Verano*, con sede en el Palacio de Miramar de San Sebastián, dedicó tres jornadas a la figura de Luis Mitxelena Elissalt. Una veintena de profesores estudió en sesiones de mañana y tarde los aspectos más destacados de la persona y la obra del ilustre lingüista renteriano.

En la mesa redonda que clausuraba este ciclo presenté el 15 de agosto de 1992, una breve exposición sobre la duda racional y la timidez del maestro en la formulación científica de los resultados novedosos que sugería en base a sus exploraciones.

Por la vía llana y pedestre del trato mutuo y de la correspondencia personal, intentaba eludir el riesgo de ser reiterativo en las apreciaciones sobre la vida de un hombre que tantos homenajes públicos ha recibido y, sin duda, seguirá recibiendo. De hecho, resultaba arriesgado y difícil tratar de estudiar aspectos científicos, literarios y humanos que anteriormente no hubieran sido resaltados con más autoridad por los especialistas y seguidores de su magisterio.

El motivo de mi comparecencia al secundar la amable invitación de los organizadores del ciclo no era otro que el de la amistad llana y sincera con la que me distinguió siempre Koldo y a la que siempre trato de corresponder por mi parte. Es, por consiguiente, la experiencia intransferible de esta relación personal —deferencia absolutamente inmerecida por supuesto— la que constituye el punto de partida y el argumento único de mi modesta aportación.

* Real Academia de la Lengua Vasca, Euskaltzaindia.

Espero que las valoraciones subjetivas sobre hechos rigurosamente constatables en la documentación disponible, sirvan para profundizar en aspectos poco estudiados de su vigorosa personalidad y de la asombrosa capacidad receptiva de científico, que tanto se ha dejado sentir en la orfandad de su liderazgo.

Agradezco la invitación por el honor de figurar entre los participantes en la loa académica del ilustre amigo, y por la confianza que me dispensan con ello los mentores de la iniciativa.

Al concluir mis estudios en los primeros días del verano de 1955, un amigo me obsequió con un ejemplar de la segunda edición de *Apellidos Vascos*, que acababa de llegar a librerías. Me interesó el tema y fui anotando observaciones a algunos apellidos, incluido el mío, con referencia a documentos medievales que conocía, y por mediación de Angel Irigaray se los hice llegar al autor, de quien no tenía ninguna otra referencia directa.

A los días, recibí con sorpresa por mi parte cumplida respuesta, que rezumaba por el tono seráfica humildad. Hablándome de usted me confiaba, a la primera de cambio, impresiones como la que literalmente decía lo siguiente: "Tengo que confesarle que soy algo así como un aficionado en esto de la Onomástica. Para que no crea que esto no pasa de modestia, más o menos falsa, le diré que creo estar mucho mejor impuesto en otros aspectos del estudio de las lenguas. Pero ya se habrá dado cuenta de que en este terreno concreto estoy muy lejos de ser oráculo".

Fue el inicio de nuestra larga relación epistolar que culminaría, años más tarde, con el encuentro personal en las reuniones de Euskaltzaindia.

Pocos meses antes, durante los festejos de la víspera de San Juan otro maestro de buen recuerdo en los cursos superiores de carrera se había unido al grupo de ex-alumnos en el campo de recreo y fue desgranando a bote-pronto, al son del peloteo en el cercano frontón, las mejores esencias de su aquilatado humanismo. Vino a decirnos lo siguiente: "Si al cabo de doce años de estudios que ahora concluyen para vosotros, os sentís satisfechos y seguros del aprovechamiento, habéis suspendido la carrera. Si habéis aprendido a dudar, os vale la calificación de suficiente. El que llega a dudar de todo se merece la calificación máxima, sobresaliente. Porque el que no sabe nada, no duda de nada; el que sabe algo duda bastante, y el sabio duda de todo.

Fue a la luz de esa filosofía gratificante recién asumida y coincidente en el tiempo con la carta que he comentado, por lo que las palabras de Mítxelena me impresionaron hasta impactarme con el carácter emblemático de gran sabio. Es todo lo que sabía de él por el momento, y me insistió aún en otra carta escrita en vasco, que agradecía los datos que le había facilitado sin conocerle.

Es la nota más sobresaliente que siempre admiré en él, esa actitud receptiva, que le llevaba a aplicar ostentosamente el oído colapsando en un rictus expectante las facciones de la cara, o le hacía restregar con trazo enérgico el bolígrafo sobre la servilleta de papel o en el billete del último autobús nerviosamente rescatado del bolsillo de la chaqueta, para tomar nota puntual del dato novedoso de cualquier interlocutor. Observé de cerca y contrasté siempre este rasgo de eterno escolar que yo admiraba en secreto, por lo que su prestigio iba ganando enteros para mí en cada nueva anotación.

Más tarde, al tener libre acceso al archivo personal gracias a la atención de su esposa Matilde, he visto que las carpetas siguen plagadas de notas que, incluso, no destruía una vez utilizado el dato, y su correspondencia corrobora la apreciación de esa permanente búsqueda de información oral o escrita para su ya pasmosa erudición.

Hay en todo ello una inconsciente relativización de los títulos y diplomas que no aportan casi nada en la vida del portador, frente a la estima y elogio del trabajo honrado. Al cabo del primer año de experiencia en la Universidad de Salamanca, relataba con desenfado su propia titularidad en la labor académica en carta a un destacado periodista encaramado al carro del Movimiento en cargo de máxima influencia:

“Comprendo que, al recibir estas líneas mías, tenga Ud. cualquier reacción por violenta que sea: que las eche al cesto de los papeles, en vista de que estoy demasiado lejos para que me alcance con una piedra, por ejemplo. Lo comprendo y hasta podría decir que lo apruebo.

Si todavía me sigue, o por si todavía me sigue, le voy a dar algunos datos sobre lo que le interesa. Soy efectivamente catedrático de esta facultad, es un título que no me gusta por lo solemne, pero parece ser la denominación oficial. Lo que pasa es que soy catedrático del Lingüística indoeuropea y, casualmente, el vascuence es el parecer la única lengua no indoeuropea del occidente de Europa.

Es cierto, a pesar de ello, que mi especialidad ha sido otra. Lo que pasa es que he cursado clásicas y he tenido siempre relación con esa sección, a la que al fin, desde hace algo más de un año he venido a parar”. (Materiales para la colección epistolar de Luis Mitxelena, FLV 54, p. 253).

Demasiado solemne. El desafecto al título académico no responde en él a simple prurito de masoquismo intelectual, y no se reduce tampoco a cumplido carente de contenido o motivación, sino que arranca de sus convicciones más elementales que le llevan a desconfiar del oropel de las falsas apariencias, para anclar su actividad en la búsqueda de los auténticos valores tradicionales del pueblo, como baluarte de la universalidad. Viene a ser su básica declaración de principios, esta observación que ya incluyó en la primera lección de un curso de lingüística general, al principio de la andadura de los Estudios Universitarios de Guipúzcoa:

“La especialización, además de ser un mal innecesario, es un mal menor desde luego que los incontables males que evita. Hace tiempo que se descubrió que uno de los caminos más cortos para llegar a la universalidad es, en contra de lo que opinaba Ortega, la fidelidad rectamente entendida al patrimonio espiritual propio y tradicional. Por lo menos es un camino más corto y seguro que el de las generalidades pretensivas”. (Anotaciones para un curso de lingüística general, FLV 57, p. 6).

Esta prudente reserva del hombre cauto se manifiesta incluso ante la evidencia de puntos criticables que su autoridad de maestro debe expresar sobre trabajos que los alumnos sometían a su dirección. Deja abierta la puerta del argumento de carencia de pruebas, a la hipotética aparición de las mismas. Al examinar el trabajo de un alumno, desautorizaba ciertos principios carentes de base con esta sutil expresión: “Que un nombre de río derive del nombre para *nave* parece plausible, pero habría que apoyarlo con paralelos: yo, por mi parte, no conozco ninguno, lo cual no prueba probablemente más que mi ignorancia: 2 (FLV 54, p. 261).

Es claro que sus observaciones, a veces, van condimentadas con irónicos destellos de agudo o, incluso cáustico, sentido del humor, que es otra faceta importante de su destacada personalidad. Pero más allá de toda frontera del equívoco, su convencida propensión a la duda racional en materia científica le llevaba en ocasiones a reacciones de embarazosa comicidad. Cuenta Matilde que, estando en París fue a dar unas conferencias en Colonia. Al entrar en una cervecería le llamó una señora indicándole que allí había un asiento libre, y le ayudó a pedir el menú.

— Usted tiene acento alemán, le dijo la señora.

— Verá, le contestó Koldo, es que yo no sé alemán.

— ¿En qué estamos hablando entonces? —fue la respuesta de la germana.

“Y es que, Koldo aparentaba saber menos de lo que sabía”, comenta Matilde atinadamente. El aparente despiste es, al menos, muy ilustrativo de la sabia propensión a la duda y a la infravaloración de sus logros, en la línea que apuntamos. Es su mérito y su gloria.

Incluso cuando atisbaba las pruebas de una evidencia su postura seguía siendo cauta, y matizadas sus expresiones, a la espera de la confirmación deseable, lo que le lleva a la convicción moral no promugable en términos absolutos. Es curioso el equilibrio dialéctico que genera la conjunción de ambas valoraciones, para mantener su apreciación personal sin menoscabo del rigor científico. Tratándose, sobre todo, de los tiempos y límites “más o menos amplios pero siempre mal marcados, en parte también porque no hay simultaneidad alguna entre los fenómenos y la aparición de sus reflejos observables en grafías”, llega a formular observaciones de calculada vacilación formal, como la que recogen las líneas siguientes:

“Entre nosotros, la inscripción de Lerga, por ejemplo, bastaría para probar que el antecesor digamos éuskaro de nuestra lengua tenía aún, hacia el siglo II de nuestra era, algo así como una aspiración, escrita *H*, en ciertos contextos, o la había tenido por lo menos en fecha todavía reciente. Con lo cual tenemos un vago término *ante quem*, que nada nos dice de la posible perduración del hecho, *in situ* o en otras zonas. Sabemos que algo parecido a *arrai* se usaba en el siglo XII, al igual que lo son hoy sus variantes, con el valor de ‘pez, pescado’. Suponemos, pero sólo suponemos (aunque creamos que la suposición va acompañada de un elevado grado de verosimilitud), que el término nos viene de muy arriba, como voz patrimonial, de por lo menos los comienzos de nuestra era y acaso desde milenios atrás. Pero, ya se ha dicho, no estamos en condiciones de corroborarla o de infirmarla”. (“Fenómenos de convergencia en la historia de los dialectos vascos” FLV 61, 1992, p. 360).

Personalmente, valoro ésta como la faceta más destacada y sobresaliente de Mitxelena, por encima incluso del inmenso caudal de conocimientos que todo el mundo reconoce en él. Precisamente el vacío irreparable que ha dejado no lo es tanto el de maestro que impartió profesionalmente la ciencia, con ser un vacío importante, como el del sabio inconformista que atisbaba siempre nuevos horizontes. He aquí la nota cruda de una experiencia:

“Durante la carrera, escribía desde Salamanca, los años están cargados de materias que tienen que estudiar —este curso he tenido unos 70 alumnos de Ling. indoeuropea que no ponían cara de divertirse demasiado por lo general, pero tenían que aguantarme, porque la asignatura es obligatoria para los de Filología clásica y hay

exámenes al final, y les queda poco tiempo para permitirse el lujo de ocuparse, aunque sea superficialmente, con materias de libre elección” (FLV 54, 1989, p. 253).

Le resultaba más saludable el ejercicio de capacitar a braceros hábiles para roturar campos inexplorados, que impartir comercialmente el producto enlatado de la ciencia convencional para sobrevivir.

Resumiendo las observaciones que en calidad de amigo y admirador he ido desarrollando, Koldo vivió y se desvivió en una brillante carrera de aparente timidez magisterial buscando en profundidad los valores tradicionales del Pueblo Vasco y de su lengua, con autenticidad en toda su arcana dimensión.

Por eso sabía dudar.

LABURPENA

1992an EHUKo “XI Udako Ikastaroetan” irakurritako lan honetan Koldo Mitxelenaren adierazgarri nabarmen bat aipatzen da: hots, ikerlanetan sakondu nahiz azaltzen zituen zalantzak eta kezka kritikoa. Beti adi egoteko irekitasun txalogarria sortzen zion joera honek, bere maisutasunaren adierazgarri. Euskal Herriaren ohizko ondareak eta hizkuntza ziren jakinminaren eragin izkutua.

RESUMEN

Este trabajo presentado en el ciclo “Creadores Vascos” de los *XI Cursos de Verano* 1992 de la UPV, estudia la duda racional en la labor científica del Prof. Mitxelena. Es la nota de su vigorosa personalidad dotada de encomiable sensibilidad receptiva. Con solapada timidez magisterial trataba de profundizar en el fondo de los valores tradicionales del Pueblo Vasco y en los secretos de su lengua.

RESUME

Ce travail qui a été présenté durant le Cycle “Les Créateurs Basques” du *XI^{ème} Cours de l’été* 1992 de l’Université Publique Basque montre le doute rationnel de la labeur scientifique du professeur Mitxelena. C’est un exposé représentatif de sa vigoureuse personnalité douée d’une recommandable sensibilité réceptive. Avec une timidité du magistère dissimulée il essaye d’aller au fond des valeurs traditionnelles du Peuple Basque et des secrets de sa langue.

SUMMARY

This work was presented within the “Basque Creators” Series during the *XI Summer Courses* 1992 of the Public University of the Basque Country, and studies the rational doubt in the scientific work of Prof. Mitxelena. It is the note of his strong personality endowed with laudable receptive sensibility. With an overlapped shyness he tries to go deeply into the ground of the traditional names of the Basque people and into the secrets of their language.

